

PALABRAS DE APERTURA DE LA CELEBRACIÓN DEL CENTENARIO DE *ATENEA**

CECILIA RUBIO

“**S**IN VERDAD Y ESFUERZO NO HAY PROGRESO”, “no puede ser otro el lema de nuestra revista” (Atenea. 1924, p. 4), decía Enrique Molina en ese momento fundador, como lo fue abril de 1924, cuando salió a la luz el primer número de *Atenea, Revista Mensual de Ciencias, Letras y Bellas Artes*. La Universidad de Concepción se había fundado apenas cinco años antes, y pasado solamente otro quinquenio, en abril de 1929, Enrique Molina anuncia en la misma revista la creación del Premio Atenea.

Es decir que, al cumplirse la década de 1930, y en el lapso de diez años, cuando aún no se había terminado la construcción de los edificios que darían vida a la Universidad de Concepción, esta contaba ya con tres pilares para sostener el conocimiento, el análisis y la experiencia artística, tres pilares que se convirtieron en ese momento en la base de la cultura y la formación universitaria: las facultades, escuelas y carreras, especialmente la Facultad de Medicina –también fundada en 1924–, la revista *Atenea* y el Premio Atenea. Son los años en que el pensamiento está reconociendo la importancia equivalente de la ciencia (y la técnica), las humanidades y las artes, triada que se quiso encarnar en Atenea, “diosa de la inteligencia, severa y sonriente a la vez” (p. 1), dice Molina, queriendo construir así la expresión de un saber que tiene la rigurosidad de lo verdadero a la vez que mantiene la capacidad de la alegría fundada en la confianza en el progreso de los pueblos. Es por eso que, en ese tiempo, los aliados del progreso de las naciones y de las sociedades son la confianza, entendida como esperanza y fe, como imperativo vital; la verdad que entrega el conocimiento, y el es-

* Discurso de la directora de *Atenea*, leído en la ceremonia oficial de inauguración de la celebración del centenario de la revista, 28 de mayo de 2024.

fuerzo de la realización de las obras de la cultura y el saber. De esta forma, el nombre de *Atenea* quiere representar la síntesis positiva del pensamiento de la época amparado en un impulso vitalista de realización.

Observamos con claridad en estas palabras las ideas que sostenían a Chile hace cien años, y observamos también que, en su sentido más hondo, ellas representan lo mejor de la tarea de cultura, no solo de las ideas fundadoras, sino también de las continuadoras e inspiradoras de futuro. Toda realización humana, social y cultural requiere una vitalidad que la impulse, un sentimiento de confianza en lo que se proyecta y la aceptación del esfuerzo de la labor de actuar en concordancia con los objetivos. *Atenea* encarna el espíritu de construcción laboriosa, que nos ha dado los mejores frutos hasta ahora, porque mientras existan las generaciones que han sido formadas por quienes conocieron o continuaron este espíritu de época, las ideas que permitieron la fundación de *Atenea* guardan su propia forma de vigencia.

En estos primeros cien años, la revista se ha consolidado como revista de investigación, presente en formato impreso y digital, que, a la par que ha modernizado y profesionalizado sus procesos de tratamiento de los artículos, mantiene, con un perfil más definido, la doble orientación que estuvo en su origen: es una revista que da a conocer las voces de la investigación actual en ciencias sociales, humanidades y artes, a la vez que se ofrece como espacio abierto a la reflexión, el ensayo, la entrevista, el comentario de texto y el testimonio, entre otros, como registros discursivos no canónicos que siguen el pulso inmediato de los hechos de la cultura, poniendo de manifiesto el pensamiento y el arte de nuestra época.

Al cumplirse cien años de vida, recordar el nacimiento y los primeros años no es un ejercicio ocioso, sino por el contrario, nos permite ver que, aunque nuestras ideas del progreso, de la verdad y del esfuerzo se han ido moldeando de manera diferente, sobre todo en el plano de la política y de la cultura, toda realización humana valiosa requiere consecuencia y constancia, palabras actuales que traducen aquellas de “verdad” y “esfuerzo”. Por ahora, no podemos imaginar un futuro en que la realización de un proyecto se consiga de una manera distinta. La revista *Atenea*, así como la Universidad que la cobija, ha sobrevivido a todos los embates del siglo XX y continúa afirmando su vitalidad constructiva en el siglo que hoy habitamos.

En efecto, ha sobrevivido a los embates del tiempo, pero esta afirmación no sería exacta si no consideráramos los dos años en que no se publicó –1969 y 1971–, debido a situaciones de la contingencia universitaria, que,

por cierto, ha estado siempre ligada a la contingencia histórica de Chile. El primero de esos años, la Universidad de Concepción estaba en pleno proceso de reorganización a consecuencia de la reforma universitaria cuyo decreto y formalización se habían logrado el año anterior, reorganización que incluía el abordaje del déficit económico que se arrastraba desde 1967 y que con la reforma del 68 se agudizó. El rector David Stichkin, que impulsó y llevó a cabo el proceso de reforma, había renunciado a su cargo y mandado un proceso eleccionario de nuevas autoridades para cumplir con los requerimientos que la universidad reformada implicaba. Se trataba entonces de un acto de consecuencia, y aunque algunos académicos quisieron impulsar la reelección de Stichkin, este se negó a postular nuevamente al cargo. Correspondió a las nuevas autoridades elegidas –el rector Edgardo Enríquez y el vicerrector Galo Gómez– llevar a cabo la reestructuración.

Todo parece indicar que fue en ese marco que se decidió que la revista *Atenea* debía entrar en receso hasta que se tomaran decisiones respecto de su línea editorial y su dirección. Afortunadamente, el receso duró solo un año, pues en 1970 se propuso una línea que hoy podríamos llamar “experimental”, no solo por su arrojo hasta cierto punto temerario, sino también porque irrumpió en la historia de *Atenea* para llevarla a un nuevo silencio, el de 1971. Me estoy refiriendo aquí a los dos números de la revista bajo la dirección de Enrique Lihn y bajo un reformado título, “Nueva Atenea”. También cambió el formato y el diseño de la portada, y en cuanto a la línea editorial, claramente se observa la vocación revolucionaria que inspiraba a la nueva dirección, donde el adjetivo alude directamente a una de las tendencias prevalecientes del debate ideológico que tenía lugar en la Universidad y el país en esos años. Ese intento de refundación de la revista acaso haya sido un gesto poético de Enrique Lihn; tenía al menos esa vocación creativa y audaz que caracterizó su poética de poesía activa, como suele nombrarse la de otro poeta de acción ligado a nuestra Universidad, Gonzalo Rojas, quien por esos años era el director del Consejo de Difusión, que, entre otras responsabilidades, tenía a su cargo la revista *Atenea*.

Podemos pensar esta época de la revista como una época de crisis, con todo lo que esta palabra implica, de detención, de confusión, de análisis y de creatividad. Esta crisis, a mi parecer, tuvo una duración de cuatro años, es decir, desde 1969 a 1972, aunque podrían sumarse los años 73 y 74. Habiendo ocurrido ya los dos recesos, el primer número de 1972 aludía en su editorial no solo a ese breve silencio, sino también a los dos números experimentales de 1970:

Después de un año de receso necesario, debido a una reforma de las estructuras universitarias y a un reajuste de la posición de la Universidad misma, que abandonando las formas tradicionales ya caducas se transforma en una comunidad comprometida con el cambio social, la Revista “Atenea” vuelve a continuar su trayectoria de 48 años.

En un momento crucial de transición la Revista tomó con responsabilidad una posición combativa y se transformó en la “Nueva Atenea” para iniciar la nueva época. Ahora, aunque volviendo en ciertos aspectos formales a su antigua estructura, por disposición del H. Consejo Superior de la Universidad de Concepción, “Atenea” continuará siendo en espíritu y substancia, la expresión del pensamiento de la Universidad reformada en su más alta expresión filosófica, científica, literaria y artística. (j.f.p., enero-junio 1972, p. 3.)

En estos dos párrafos la editorial de *Atenea* daba cuenta de tres años de crisis (69, 70 y 71) y anunciaba la continuidad de una regularidad que no fue tal sino hasta el siguiente año. Esto es así, pues, mientras la citada editorial era firmada por las iniciales j. f. p., que corresponden al nombre de Jorge Fuenzalida Pereira, quien oficiaba en ese número como el secretario de redacción, la página de créditos ostentaba como director adjunto a Jaime Concha, académico del Departamento de Español en esos años. En el número siguiente del mismo año, aparece como director Alejandro Witker. Esta suerte de interinato de los cargos continúa en el primer número de 1973, y corresponde a la dirección de Tole Peralta, y a la rectoría del primer rector delegado, Guillermo González Bastías, quien suscribe la editorial, que comienza diciendo: “Por las excepcionales circunstancias que conmovieron nuestro país en 1973, la publicación de “Atenea” ha sido demorada” (p. 5). Tanto el último número de 1973 como el único número de 1974, lo dirige Jorge Fuenzalida, número que se concibe como especial, pues está dedicado a los 50 años de la revista, justo la mitad de lo que celebramos hoy. Como se observa, si bien se pretendió dar por superada la crisis de *Atenea* en los años anteriores, no fue sino hasta el primer número de 1975 que se nombra un director estable para *Atenea*, el periodista Tito Castillo. Podemos decir, en consecuencia, que la primera mitad de estos cien años tuvo momentos inciertos de gran complejidad.

Al completar este siglo de vida nuestra revista sigue siendo un producto académico que quiere interpelar a la comunidad universitaria y a los lectores, propiciando la reflexión en un ambiente cada vez más competitivo. Así la ven muchos investigadores del extranjero que desean publicar en esta revista, aduciendo su gran popularidad como publicación antigua y prestigiosa. Este prestigio es una ganancia que la *Atenea* actual arrastra de su

primera época. Son numerosas las cartas y saludos que recibió en el pasado, pero también algo más que eso, porque su realización vale como promesa y como ejecución, como proyecto y como producto realizado, tanto en el pasado como hoy, con un máximo de atención y rigurosidad, es decir, a pulso de la consecuencia y la constancia. Así fue ganando el prestigio que hoy ostenta como una herencia exigente de continuidad.

Pensamos que *Atenea* tiene todas las herramientas para continuar acogiendo y promoviendo un alto estándar de investigación, porque somos porfiados herederos del prestigio ganado y de los valores del mejor ejercicio de nuestra lengua, y es por eso que seguimos afirmando de manera consecuente con el pasado y de la misma esforzada manera que nuestros antecesores, que *Atenea* puede seguir siendo uno de los baluartes del pensamiento en América, en un contexto en que proliferan las revistas académicas y la competición por el éxito orienta muchas estrategias y prácticas universitarias. Esta pluralidad de publicaciones se debe también celebrar como una oportunidad para el mundo de las humanidades, las artes y las ciencias sociales, aunque no muchas revistas puedan posicionarse como una encrucijada crítica entre tradición y actualidad, como ocurre con *Atenea*. La Universidad de Concepción así lo entiende, porque ella misma comparte esta condición indispensable para crear conscientemente proyección de futuro. Como expresó el exdirector Luis Durand, en una carta del 30 de octubre de 1953 a Enrique Molina, *Atenea* no por modernizarse debe convertirse en una revista “sin alma”¹.

REFERENCIAS

Atenea (1924). *Atenea*, I(1), 3-5.

Durand, L. (30 de octubre de 1953). Carta a Enrique Molina. Ms. inédito, Archivo Central Universidad de Concepción.

González Bastías, G. (1973). Editorial. *Atenea*, 428, 5-7.

j.f.p. (enero-junio 1972). Editorial. *Atenea*, 425, 3.

¹ Refiriéndose a una idea de Undurraga, le dice Durand a Molina: “Yo creo que eso que él propone, junto con las noticias que me ofrece Montaldo, le dan a la revista un carácter intrascendente. Largas listas de cosas que no se leen y que le comunican a *Atenea* el carácter de esas publicaciones bibliográficas o de anales hechos sin alma, sin lo vivo que debe tener una revista, en la cual el arte, las ciencias y la literatura, deben dar la tónica de lo que es el pensamiento y el espíritu sensible de un país”.